



El Espíritu del Presente

Andrea Martinez



Un joven Espíritu, con ojos grandes y curiosos, pasea por una plaza vibrante, llena de colores y música. A pesar del bullicio festivo a su alrededor, una pequeña sombra de inquietud parece seguirlo, casi imperceptible. Su sonrisa es amable, pero un ligero ceño fruncido asoma en su frente, como si buscara algo que no puede encontrar.



Muy lejos, en una tierra diferente, se ve a un grupo de figuras valientes, con ropas sencillas pero dignas, trabajando y luchando unidas. Sus manos están firmemente entrelazadas mientras se enfrentan a una gran y visible pared gris que simboliza una dificultad externa. Sus ojos reflejan determinación y una lucha clara contra una realidad palpable.



En otra época, guerreros aztecas, con penachos coloridos y escudos adornados, se alzan con fiereza contra figuras con armaduras brillantes y cascos de metal. El aire está lleno de movimiento y coraje, mientras defienden su tierra con todo su espíritu. Esta batalla es abierta, audaz y visible para todos.



De vuelta con nuestro joven Espíritu, ahora se encuentra en un espacio tranquilo, pero a su alrededor flotan delicados fantasmas luminosos, transparentes y juguetones. Cada fantasma tiene una pequeña burbuja de pensamiento sobre su cabeza, brillando con una luz tenue. El Espíritu los mira con una mezcla de sorpresa y curiosidad.



Dentro de una de las burbujas de pensamiento, se revela una imagen vívida: majestuosos templos aztecas, sacerdotes en ceremonias sagradas y el pueblo indígena trabajando en armonía. Los fantasmas, que representan estos "vestigios del pasado", susurran historias antiguas que solo el Espíritu puede sentir. Son ecos de una herencia profunda y poderosa.



Uno de los fantasmas más pequeños y amigables, con un brillo suave, se acerca flotando al Espíritu. Con un movimiento delicado, el fantasma parece disolverse y pasar a través del pecho del Espíritu, como si se fusionara con él. El Espíritu cierra los ojos por un momento, sintiendo una conexión inesperada y sutil.



Ahora, un pequeño fantasma translúcido y brillante vive dentro del Espíritu, visible a través de su pecho, como una luz interna. Este fantasma se mueve inquieto, proyectando pequeñas chispas de duda y preguntas silenciosas. El Espíritu se toca el pecho, sintiendo esta nueva compañía y su presencia.



El fantasma interior comienza a proyectar imágenes fugaces de temores y vacilaciones: un rostro que duda, una voz que no se atreve a hablar, un camino que no se toma. Son pequeños susurros de "¿y si no soy suficiente?" o "¿qué pensarán de mí?". El Espíritu siente una lucha interna, un suave tira y afloja entre el deseo de ser y el miedo a ser.



Con una expresión de profunda calma y valentía, el Espíritu extiende una mano hacia su propio pecho, reconociendo al fantasma interior. No intenta expulsarlo, sino que lo mira con comprensión y aceptación. Empieza a entender que estos "fantasmas" no son enemigos externos, sino partes de su propio ser.



Finalmente, el Espíritu se erige alto y radiante, con una sonrisa genuina y llena de paz. El fantasma dentro de él ya no proyecta dudas, sino que brilla con una luz cálida y constante, fusionándose armoniosamente con su propio brillo. El Espíritu ha abrazado su verdadera identidad, completo y valiente, atreviéndose a ser él mismo.